

dada y extenderme más de la cuenta¹⁰. Bacán sería sentarse con don Rafael y entre cerveza y cerveza (¿alemana, española, hispanoamericana?; ¿cuál es la "identidad" del líquido elemento?) ajustar de nuevo las palabras. Me conformo con que se tome con benevolencia éstas y que la espuma levante vuelo.

EDGAR O'HARA

¹ Yo haría la siguiente analogía: Angel Rama era a Walter Benjamin como Alejandro Losada a Georges Politzer. El libro de Losada que cita R.G.G. -*La literatura en la sociedad de América Latina* (1983)-, ¿será muy distinto del que publicó en Lima en 1976: *Creación y praxis: la producción literaria como praxis social en Hispanoamérica y el Perú*? La verdad es que, en esos años que vivió en el Perú, Losada no tuvo necesidad de gastar ni en parrilla ni en carbón para preparar el tradicional asadito argentino: le bastaba con poner las carnes sobre las páginas de su libro y listo (si es que no se carbonizaban antes de tiempo). De ese paseo por la narrativa peruana no se salva nadie: quien no peca por su origen de clase, lo hace por traición a su clase de origen.

² Vale la pena recordar lo que Jorge Basadre les advertía directa o indirectamente a los jóvenes historiadores peruanos de comienzos de los setenta:

Lo primero que debe hacer el historiador es investigar, estudiar de veras. El ejemplo lo dio el mismo Marx [...]. En una época de su vida en que no tuvo otra fuente de ingresos que las colaboraciones en el diario New York Tribune, le pidieron, hacia 1854, una serie de artículos sobre un "pronunciamiento" o golpe militar español. Antes de escribirlos aprendió el idioma castellano, comenzó a leer libros en este idioma incluyendo clásicos como Lope, Calderón y Cervantes; y el militante anarquista Anselmo Lorenzo, que lo visitó en Londres en 1871, quedó asombrado ante su cultura hispanista y hasta lo calificó por ello como "burgués". (cf. Pablo Macera), Conversaciones con Basadre, Lima, Mosca Azul, 2a. edic., 1979, pág. 55).

³ Cf. Eduardo Galeano, "Sociedad y literatura en América Latina", en *La Imagen Cultural de La Prensa*, Lima, domingo 3 de octubre de 1976, págs. 20-21. Este ensayo ha sido publicado en innumerables sitios con el título de "Defensa de la palabra". La última vez lo encontré en Lima en una edición supercorsaria (*El descubrimiento de América que todavía no fue*) que también recoge su famoso ensayo "Diez errores o mentiras frecuentes sobre literatura y cultura en América Latina".

Cf. "Juan Gelman y su ardua empresa de matar la melancolía" (entrevista), en Mario Benedetti, *Los poetas comunicantes*, Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1972. Y la entrevista con Mauricio Ciechanower "Agotar la obsesión poética", en *Plural*, México, núm. 219, diciembre de 1989, págs. 22-26.

⁴ Cf. Angel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, siglo XXI, 1982; Martín Lienhard, *Cultura popular andina y forma novelesca: zorros y danzantes en la*

última novela de Arguedas, Lima, Latinoamericana, 1983.

⁵ "Mientras los hombres no se convengan de que esa sociedad es *deseable*, que tiene un valor superior a la actual, la posibilidad de la sociedad socialista estará lejana". Adolfo Sánchez Vázquez en *La Jornada Semanal*, México, nueva época, núm. 11, 27 de agosto de 1989, pág. 18.

⁶ Cf. Gershom Scholem, *Walter Benjamin. The Story of a Friendship*, Nueva York, Schocken Books, 1981). Para hacerle ver lo errado de ese camino, Scholem le pone a Benjamin, como ejemplo, el caso de Erich Fromm. Y sin embargo no hay por qué huirle al encuentro de un marxismo con un psicoanálisis.

⁷ Ver, al respecto, los artículos de Max Hernández, "Garcilaso Inca de la Vega, historia de un patronímico" (en colaboración con Fernando Saba), en *Varios, Perú: identidad nacional*, Lima, Cedej, 1979; "La escritura y el poder", en *Debate*, Lima, núm. 36, diciembre de 1985, págs. 59-62; "El Inca Garcilaso. El oficio de escribir", en *Plural*, México, núm. 217, octubre de 1989, págs. 51-59.

⁸ Ciro Alegría fue militante aprista en la época en que escribió su obra más conocida: *El mundo es ancho y ajeno* (1941). Más tarde se inscribió en el partido Acción Popular, del arquitecto Belaúnde Terry. En ningún caso, pues, se habría acercado al P.C. (sobre los odios de esos años entre apristas y comunistas, basta leer *El sexto* de J. M. Arguedas). Para una introspección en los postulados literarios de Alegría, cf. *Buena suerte con harito palo / Memorias*, Buenos Aires, Losada, 1976. Para un testimonio, más de zurda, digamos, sobre Alegría, cf. Francisco Izquierdo Ríos, *Cinco poetas y un novelista*, Lima, Editorial Gráfica Labor, 1969. Esto en cuanto a las versiones personales. Acerca de los problemas del novelista (la representación, el concepto de realidad, las técnicas), cf. *Primer encuentro de narradores peruanos*, 1965, Lima, Casa de la Cultura, 1969.

⁹ Rafael Gutiérrez Girardot, "La recepción de la literatura latinoamericana en la República Federal Alemana", en *Humboldt*, Bonn, núm. 97, 1989, págs. 26-33.

¹⁰ ¿Arguedas, "indigenista"? (Humboldt, pág. 27). Más bien *indio* a secas, por lengua y vocación, que no por color de la piel.

Glosas a un texto sobre didáctica de la poesía

Rostros de la palabra

(poesía colombiana actual)

Selección, prólogo y notas de Luis A. Ramírez Orjuela, Mauricio Contreras Hernández y Rafael del Castillo M.

Lecturas Magisterio, Bogotá, 1990, 176 págs.

Amerita estas glosas el alcance que la obra pretende y está llamada a tener.

Son observaciones marginales, más en tal cantidad que se toman relevantes.

Mueve a sus autores y compiladores una intención didáctica dirigida a profesores de secundaria. Menos que un libro de texto, es sólo un ejemplo, parcial y limitado, según el propósito que lo inspira.

Componer antologías, recopilaciones, selecciones; todos esos conjuntos que resulta posible formar por agregados y notas hilatorias o sin ellos, es procedimiento fácil que permite firmar obras con buenos resultados editoriales. Lo inadmisibles está en que los compiladores prohíban a los demás "reproducir por cualquier medio" los textos que ellos tomaron libremente sin ningún impedimento. En este libro se lee la advertencia de que "no podrá ser reproducido en todo o en parte por ningún medio impreso o de reproducción sin permiso escrito del editor". ¿De modo que los autores de los poemas que aparecen allí transcritos estarían obligados en adelante a solicitar permiso para poder utilizar sus propios textos, aun para una simple lectura? Un libro con el que la Universidad de Antioquia celebra diez años de su premio nacional de poesía (1990), empieza con esta noticia: "Prohibida la reproducción total o parcial, *incluyendo las lecturas universitarias*, sin autorización escrita de la Editorial





Universidad de Antioquia". ¡Y el concurso fue establecido precisamente para divulgar la poesía! Contradicción y abuso de marca mayor, puesto que los derechos de autor no pueden ser conculcados con un simple aviso de prohibición redactado por cualquiera. Prohibir la circulación de los poemas ajenos es igual a enjaular pájaros. Una ignominia. Jorge Artel, en notas semejantes, prohibía la circulación de sus propios poemas. Un contrasentido. En consecuencia, esa poesía murió en su jaula.

Se origina el trabajo que comentamos en un taller de poesía realizado en Bogotá con un grupo de veinticuatro profesores de secundaria (veintidós mujeres y sólo dos hombres), a pesar de lo cual el libro contiene una fuerte protesta porque los hombres marginan a las mujeres de la poesía. Para equilibrar las cosas se decidió la inclusión como poetas de ocho hombres y seis mujeres, pero incluyendo en la lista de los hombres a María Mercedes Carranza. Otra incongruencia. Las mujeres, al final, seis en total, con subtítulo aparte. ¿Por qué al final? ¿La protesta no era contra la discriminación?

El método adoptado —nada nuevo— consiste en enseñar las cosas desde el presente hacia el pasado, desde lo último hacia lo primero. Como decir, empezar por las altas matemáticas hasta llegar a la suma y a la resta; o empezar por los trasplantes de corazón y enseñar después la fisiología. O escribir primero los libros y después estudiar la gramática. Por lo cual es de presumir que los poetas que piden que se enseñe primero lo último, lo que en verdad están exigiendo es que los lean a ellos primero, y posteriormente, si queda tiempo, a los grandes poetas.

La sensibilidad hacia la poesía se tiene o no se tiene, del mismo modo

que se es o no se es poeta. Después la sensibilidad se afina, la maestría se perfecciona. Toda metodología es impositiva y limitante de la libertad. El niño o el joven quieren leer un libro, pero los adultos les imponen otro, especialmente preparado para que nunca dejen de ser niños. Puesto que los adultos se han hecho por sí mismos responsables de la educación de los jóvenes, entonces es a los adultos a quienes tenemos que cargar la culpa por los malos comportamientos de los jóvenes. En consecuencia, se debiera castigar a los maestros.

Los trabajos colectivos no suelen alcanzar feliz resultado entre nosotros por falta de rigor y disciplina. Arquitectos, ingenieros, obreros, diseñan y construyen un simple andén, y a poco andar el andén se hunde. Vivimos en una tierra que se hunde. Poco atractivo, ¿verdad?

Por supuesto que, además de algunos defectos, el libro también tiene cualidades, como la de haber escogido entre los poetas a Jairo Aníbal Niño, o haberse atrevido con Raúl Gómez Jattin, lo cual es atreverse contra el disimulo y la hipocresía. En general, puede considerarse acertado y realizado con buenas intenciones, aunque alberga errores y datos imprecisos. Si no se cuenta con los datos precisos, deberían omitirse. Indicamos, a modo de ejemplo:

a) *Hijos del tiempo* no es el último, sino el segundo de los libros escritos por Raúl Gómez Jattin. Otra cosa es que los autores no publiquen sus libros en el orden en que los escriben.

b) También hay imprecisión o error al mencionar los galardones que adornan a los poetas, señalando a segundos en los primeros puestos, aunque los lectores de los Evangelios sabemos bien que Jesús dijo que los últimos serán los primeros.

En un libro que presume de avanzada, a los estudiantes o alumnos de bachillerato se les denomina "educandos", término desaparecido desde hace muchos años, salvo en los colegios religiosos estilo siglo XIX. La situación de "educando" resulta en particular ominosa, porque el "educando" es forzosamente enseñado y amaestrado; fatalmente domado y anulado. Si no les gustan las terminaciones en *ado*, podríamos decir *desaparecido*.

El sofisma, si bien cobra interés como refinamiento de la filosofía, cansa al espíritu y destruye la convivencia porque desemboca en mala fe. De esos sofismas dañinos hay varios en este libro, y están regados por allí como tachuelas en día de huelga. Cuando el sofisma no alcanza a conformarse, lo sustituye la simple afirmación sin pruebas: "Nunca la poesía colombiana nos ha dicho nada"; "se ignora la ardua y definitiva labor del profesor de literatura". Si la poesía colombiana nunca hubiera dicho nada, ¿entonces qué es lo que hemos estado diciendo durante los últimos doscientos años? Y no es verdad que se ignore a los profesores de literatura: en una página que se ha reproducido cien veces (ciento una con esta), reconoce Borges que son precisamente los profesores quienes dispensan la fama literaria. Aunque a continuación estampaba lo que todos ustedes han leído.

Incorre también este libro en la ingenuidad de creer que nadie sabe nada, excepto sus autores, lo cual es petulancia de un librito mal educado. Pero no hay tal: la gente siempre sabe mucho más de lo que uno alcanza a suponer.

El vacío que este libro trata de llenar sin conseguirlo, por haber predominado el capricho, sigue ahí en espera de quien tenga capacidad y tiempo para hacerlo. Los antiguos disponían de tiempo para formar obra perdurable, pero nuestros efímeros contemporáneos, demasiado atareados en bagatelas, ya no tienen tiempo ni para saludar. Era bonito cuando se saludaba. La gente lucía siempre tan amable y sonriente.

Son muchos los que quieren escribir sin disponer del tiempo suficiente para ello, y a causa de eso producen párrafos enredados que el lector tiene que

poner en claro, o sea que el tiempo que no pierden los escritores se lo hacen perder a los lectores, con no poca desconsideración.

El aspecto de ordinariez nos orienta desde el comienzo y, en efecto, al abrirlo encontramos la defectuosa composición tipográfica, las insuficiencias de armada, los errores gramaticales, las erratas:

De las distintas maneras que existen para retornar el verso largo o versículo, la única decididamente inconveniente es la de no partir palabras a la derecha, por un supuesto o falso respeto del verso. No sólo el texto adquiere una pésima presentación gráfica, sino que, al fraccionar el verso se alteran sus pausas, se modifica su ritmo, se convierte en prosa.

En cuanto a las erratas, para llamarlas benévolamente, son de tal magnitud que llegan hasta una página entera repetida (la 155 repite a la anterior) sin que nadie se hubiera percatado de ello en el proceso editorial. Pero no nos detengamos en este punto: carece de interés desde el momento en que las erratas pasaron a ser constitucionales.

En el curso del libro el lector se encuentra con locuciones sorprendentes por su ineficacia o ridiculez, como la de llamar al poema "el hecho poético" y decir a cada paso: "el estudio del hecho poético", "la aproximación al hecho poético", "el desconocimiento del hecho poético", "el problema del hecho poético". A nuestro juicio, el verdadero problema no es "el hecho poético *per se*", sino la pedante tontería de querer hablar fino sin saber.

El libro concluye con unas fichas de "los hitos poéticos", es decir, las diferentes escuelas o tendencias que se han observado en la poesía colombiana. También en ese cuadro hay tela de dónde cortar, pero ya se nos hizo larga esta reseña.

Para terminar, afirmo que lo peor que le puede pasar a un poeta es que lo conviertan en programa de bachillerato: en días pasados detuve un taxi. El taxista me preguntó: "¿No es usted Jaime Jaramillo?". Le respondí que sí, con mal disimulada satisfacción. "Ah, por culpa suya perdí un examen en el bachillerato, y por ese examen perdí el año, y por haber

perdido ese año no pude pasar a la universidad, y tuve que dedicarme a manejar taxi. ¿Y ahora quiere que lo lleve?".

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

Los límites de la imaginación

Serenidad sitiada

Carlos Fajardo Fajardo

Si Mañana Despierto Ediciones, Bogotá, 1990.

Tejedor de instantes

Julio César Goyes Narváez

Si Mañana Despierto Ediciones, Bogotá, 1990.

Cibeles

Marina (Forero de) González

Edición de la autora, Bogotá, 1989.

¿Puede haber poesía de la experiencia sin experimentar —en la doble acepción del término— previa o simultáneamente la "realidad" del poema, entendamos por éste lo que se nos antoje? Poco, en verdad, tiene que ver este vaivén con la paradoja del huevo y la gallina. El alcance de la imaginación es verbal, y toda vivencia de lenguaje pasa por unas similares de lectura y reflexión, voluntarias o no.

La poesía suele ser lo que a uno le dé la gana, que esto quede claro. Pero también reconozcamos que cuando se habla de poema nos referimos a un objeto verbal con características definidas no por un precepto sino por la sutileza de quien se las ve a solas con el lenguaje, ajajá. (Eso, y será chitón boca lo demás). Pero como no pretendo hablar sibilamente, digamos que la sutileza a que me refiero consiste en anticiparse a la reacción del posible

lector —lobo feroz— o del lector que asiste —el involucrado, guardián mansísimo— al proceso de la escritura.

El poema, entonces, ha de proponerse como un conglomerado de *enigmas* que en ese preciso momento el autor ni sospecha, y que un lector podrá registrar y tal vez desvelar. Del mismo modo, cuando alguien lee un poema por vez primera sólo puede acercarse a determinados puntos (cardinales o periféricos) del sentido. En esta operación de ida y vuelta interviene, pues, la experiencia de lectura, la reflexión, la voluntad de fijar ciertos límites. (Una cosa es leer un poema suelto de Lezama Lima sin más ayuda que una predisposición léxica y otra es concederle un lugar en la obra lezamiana y, mejor aún, en un contexto "barroco"). Por lo tanto, cualquier poema lleva en sí, como arañazo de fábrica, la necesidad de emparentarse con otros, o distinguirse de otros, o separarse, o renunciar —¿acaso con éxito?— a la categoría que lo define, oprimiéndolo.

Leamos ahora estos tres libros teniendo en cuenta, hasta donde sea posible, tales ideas. Los dos primeros autores tienen rasgos comunes (al margen de la editorial donde publican). *Serenidad sitiada* es justamente eso: la palabra que se quiebra por obra de una angustia superior al ánimo de amansarla. El hablante del libro es un cumbiambero —pura vida, chico— con una opresiva sensación de muerte. Las máscaras de la doña: el silencio y, por qué no, la supuesta tranquilidad (que rima con esterilidad e inmovilidad).

Definir la experiencia del poema, en este caso, es adjudicarle una experiencia de lectura, que ya brinca en *Palabras de Orfeo* (pág. 17), *De Modigliani a Jeanne Hébuterne* (pág. 25) y en *Así el mundo* (pág. 49). Escritura como deseo, siempre: "Si escribí fue

